



© Mariano Martín Rodríguez

Una neoleyenda pagana de Gheorghe Asachi

Traducción e introducción de Mariano Martín Rodríguez

El Romanticismo rima a menudo con nacionalismo. Frente al cosmopolitismo de la Ilustración, el magisterio de Johann Gottfried von Herder (1744-1803) enseñó a numerosos europeos el atractivo de la producción popular como alternativa supuestamente más cercana a la naturaleza y a la verdad de las naciones que el Neoclasicismo, corriente esta promovida por los franceses y también por las élites culturales cosmopolitas de imperios multinacionales centralizados como el ruso. Esta reacción romántica, que entrañaba un nacionalismo cultural que más adelante se trocaría en político, tuvo una consecuencia importante en la literatura de la época, pues permitió revalorizar los vestigios de antiguas leyendas y mitos paganos europeos que apenas habían ejercido influencia alguna antes en la visión común de la Antigüedad del continente, cuyo conocimiento

público se limitaba a lo conservado de las literaturas precristianas griega y latina.

Gracias al nuevo espíritu propiciado por el Romanticismo herderiano, empezaron entonces a publicarse y estudiarse en serio los legados paganos (el celta de Irlanda y el germánico de Islandia), cuya lectura aportó nuevos asuntos míticos y legendarios a los escritores deseosos de reincorporar esos legados a las literaturas modernas del antiguo Barbaricum, demostrando así que no les cedían en interés humano y potencialidad artística a los temas de la mitología e historia grecorromanas. Este redescubrimiento se extendió también a la antigüedad pagana eslava, especialmente allí donde esta estaba mejor atestiguada, aunque lo fuera más a menudo en latín, como en los países checos y polacos. De esta manera, los acervos paganos de estas regiones pasaron a

engrosar el común europeo, tal y como indica el hecho de que bastantes escritores de regiones lingüísticas distintas a la escandinava, la gaélica o la checa recrearan en sus ficciones en prosa o verso episodios de estas antigüedades paganas *bárbaras*. A todas ellas se puede sumar ya en este período la finesa, de la que no existía ningún documento anterior al siglo XVI, pero que había inspirado a Elias Lönnrot (1802-1884) la idea de recopilar la abundante producción épica de tradición oral y contenido pagano en su lengua y de darle forma unitaria en forma de perfecta epopeya herderiana en su *Kalevala* [*El Kalevala*] (1835/1849).

Cada una de estas regiones etnoculturales partía con la ventaja de que su literatura pagana estaba documentada por escrito desde antiguo o había pervivido en la memoria popular. Esta ventaja la tenían también húngaros y vascos, aunque su tradición se limitara a algunas líneas sobre la supuesta etnogénesis húnica de los primeros o a un oscuro poema apócrifo renacentista de los segundos sobre los héroes Lelo y Lekobide frente a la invasión romana. Sin embargo, la inexistencia de precedentes positivos no disuadió a varios escritores románticos de ofrecer a sus países el *legendarium* bárbaro pagano que les faltaba mediante invenciones propias, esto es, mediante neomitos y neoleyendas. Entre los neomitos, ha tenido extraordinaria fortuna, habiendo alcanzado la categoría de mito nacional en Lituania, el de los desgraciados amores de Jurate y Kastytis, inventado y escrito en polaco por Ludwik Adam Jucewicz (1813-1846) con el título «Królowa morza Bałtyckiego» [*La reina del Báltico*] (*Wspomnienia Żmudzi* [*Memorias of Samogicia*], 1842). Entre las neoleyendas publicadas también en la primera mitad del siglo XIX, una de las más populares es una rumana que, además de haber conservado

su popularidad hasta hoy, representa la primera tentativa exitosa de dotar a un pueblo hablante de una lengua neolatina de una tradición pagana propia que pudiera conferir a la nación moderna una antigüedad incluso superior a la de la latinidad fruto de la conquista romana. Es un procedimiento análogo al que hizo a los neolatinos de Hispania exaltar la resistencia de Numancia o la figura de Viriato, si bien la evocación de los héroes prerromanos no había sido acompañada de una *mitopoiesis* como la propuesta en Rumanía en aquel período por Gheorghe Asachi (1788-1869) en la neoleyenda a la que nos referimos. Titulada en el original «Dochia și Traian» [*Doquia y Trajano*]¹, el autor la publicó a finales de 1839, con pie de imprenta de 1840, en un folleto titulado *Dochia și Traian dupre zicerile populare a românilor* [*Doquia y Trajano según los dichos populares de los rumanos*].

Este título atribuye a la tradición oral autóctona la balada legendaria objeto del libro y que se reproduce en este como si fuera, en efecto, un testimonio popular, de manera análoga a como procedería poco después Jucewicz para su cuento en prosa. Asachi no se lo inventó todo, sin embargo. Los dos protagonistas del poema existían ambos en la conciencia popular antes de él. Trajano aparece como personaje en numerosas baladas y cuentos del folclore rumano que se han ido recopilando hasta nuestros días. Doquia también es una figura objeto de leyendas realmente populares en Rumanía y la región balcánica, en las que aparece como una anciana de mal carácter que acaba petrificada tras creer erróneamente que ha llegado la primavera y ser sorprendida en la montaña por el hielo. Sin embargo, su aparición conjunta y su relación en la balada de Asachi responden probablemente a una voluntad autoral de emplear el lenguaje alusivo

¹ La traducción que sigue se basa en la edición crítica siguiente: Gheorghe Asachi, «Dochia și Traian», *Opere*, I, ediție critică și prefață de N. A. Ursu, București, Minerva, 1973, pp. 173-175. Conste nuestro agradecimiento a Oana Presecan por su atenta revisión de la traducción.

de la leyenda para señalar el doble origen de los rumanos. Estos serían descendientes directos de los antiguos dacios, cuyo último rey, Decéballo, fue vencido por Trajano, quien inició la latinización del país, conservada lingüísticamente hasta hoy. Pese a su victoria, el emperador romano no habría conseguido anular la entraña dacia de los rumanos, simbolizada por esa roca en que se había transformado Doquia, la hija de Decéballo requerida en balde de amores por Trajano. Esa roca, que llora y luce en lo alto sobre los pastores (el grupo social visto a menudo como el más característico del país por los románticos) representa el fondo étnico que grandes escritores posteriores como Mihail Eminescu (1850-1889) y Lucian Blaga (1895-1961) señalarían como esencial para su definición de la nacionalidad étnica rumana. Asachi es un precursor en este sentido, como lo es por su empleo de su conocimiento de la antigüedad clásica para evocar en su leyenda el paganismo dacio. Doquia invoca a Zalmoxis, un dios o héroe cultural deificado descrito en primer lugar por el historiador griego Heródoto (c. 484 - c. 425 a. C.).

Esta alusión culta es indicio manifiesto del carácter neolegendario y culto de la balada de Asachi², pues las leyendas de Baba Dochia

que le debieron servir de estímulo creativo son completamente cristianas, como lo es la tradición popular rumana por entero, en la cual no queda ni rastro real del paganismo prerromano, ni tampoco del romano. También tiene origen culto el desarrollo de su trama, que adopta inequívocamente el esquema de las metamorfosis ovidianas. No obstante, Asachi dio a sus versos una musicalidad y una frescura de imágenes que les confiere el aire de la mejor poesía popular rumana, al tiempo que limó el exceso de diminutivos y de repeticiones que aqueja con demasiada frecuencia a esa poesía. Asachi optó por una narración concentrada y concisa, a veces hasta entorpecer la comprensión, siguiendo según el modelo, *mutatis mutandis*, de la balada culta romántica alemana y polaca, incluidas sus frecuentes notas fantásticas y ominosas (por ejemplo, en el poema de Asachi, la roca de mala fortuna). Esto no obsta, por supuesto, al disfrute de «Dochia și Traian» como ejemplo original y logrado de sugestiva ficción poética al servicio de la recuperación romántica del gusto por la fantasía pagana y su reinvención en el camino hacia la *mitopoiesis* épico-fantástica contemporánea.

² Este carácter culto de «Dochia și Traian» se refiere a la balada de Asachi en su forma publicada y no impide creer en una posible base popular de su asunto. Un escritor algo mayor que Asachi y moldavo como él, Tadeu Hâjdeu (1769-1835), dejó manuscrita una versión en prosa polaca de la misma leyenda con el título de «O Trajanie» [*Sobre Trajano*], que copiamos a continuación, traducida a través de su versión moderna al rumano («Legenda despre Traian și Dochia», *Scriseri alese*, ediție, prefață și note de Elena Lința, București, Minerva, 1985, p. 233), que es la única publicada, que sepamos: «Cuando el emperador Trajano venció a nuestros antepasados y a su renombrado caudillo, Trajano vio a Doquia, hija del caudillo derrotado, entre los prisioneros capturados en la capital del enemigo. La rara hermosura de Doquia impresionó con tal fuerza a Trajano que quiso compartir su lecho con ella, pero la princesa lo rechazó llena de desprecio y, habiéndose enterado de que el emperador quería forzarla, huyó al monte Ceahlau, donde, tras mudar su rica y maravillosa indumentaria de princesa por un traje simple y pobre de pastora, se fue a apacentar un rebaño de ovejas. // Trajano mandó soldados con la orden de encontrar a Doquia e incluso marchó él mismo a los montes a buscarla. // Pasado un tiempo, hallaron a Doquia, pero cuando Trajano intentó abrazarla, la pura doncella llamó en su auxilio a los dioses de su tierra, quienes la encantaron, transformándola en pétrea roca. // Asombrado por este milagro, Trajano se fue, pero, a fin de guardar a la bella joven, dejó allí un águila romana, que la ha defendido hasta ahora y sigue defendiéndola. // (Recogida en Valaquia, en la zona de Neamt)». Si es verdad que Hâjdeu la recogió de labios del pueblo, o si más bien la hizo correr él mismo por los salones elegantes de Moldavia, donde la pudo escuchar Asachi (o al revés), es algo que no podemos saber, pero la alusión a los dioses de la tierra y al águila romana no suenan precisamente a elementos folclóricos, ni de Rumanía ni de ningún otro lugar de la latinidad europea.

GHEORGHE ASACHI

Doquia y Trajano

Al pie del monte Pion, en Moldavia

I

Entre la Piedra del Trueno y el Pie del Eremita se ve una roca que fue la hija de un gran soberano. Es el asiento terrible de mala tormenta, donde el águila retiene su canto embotado. Aquella princesa es Doquia y su pueblo, diez ovejas; reina en su refugio sobre pastores y rebaños.

II

En belleza y seso no se le parecía moza alguna. Digna era de su padre, Decéballo. Pero

cuando el renombrado hijo de Roma sometió Dacia, a quien la salvara juró amar. Trajano ve a esta hada; aunque victorioso, se inclina ante su belleza, subyugado por el amor.

III

El emperador aspira en vano a ablandar a Dochia. Al ver su patria encadenada, se decide a huir. Por la senda de un bosque esconde su morada. Aquella señora jovencita apacienta el rebaño en la pastura. Su ropaje dorado lo trueca en sayal. Su trono es la hierba verdecida; su cetro, un cayado.

IV

Trajano viene a esta tierra y, acostumbrado a vencer, ahora ha extendido el brazo hacia Doquia, la fugitiva. Entonces ella, con voz ferviente, exclama: «¡Zalmoxis, oh dios, te conjuro por mi padre, te ruego que no me abandones hoy!» Cuando Trajano extiende la mano para estrecharla en sus brazos, el hada, librada por su dios, se transforma en piedra.

V

Él no cesa de amar su imagen pétrea, sobre la que pone su corona y ni puede apartarse. Esta piedra vivaz cubre de vaho el seno de aquella, lluvias nacen de su llanto, de sus suspiros truenos. El sino la guarda, y Doquia luce a menudo sobre las nubes como una estrella para los pastores.